14 de octubre de 1881

La paciencia.

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Se dice que cuando el papa Urbano II (cuya veneración universal parece deberse reconocer, ya que, por decreto, se le honra con el título de beato y tal vez de santo) vino a Francia en la época de las cruzadas, fue llamado para exhortar a una comunidad religiosa en una gran abadía. Eligió la paciencia como tema de su discurso a los religiosos, diciendo que no hay virtud más necesaria en la práctica y el trabajo de la vida religiosa. Quiero deciros en pocas palabras que, al comienzo del año escolar, hay que tomar una gran resolución en lo que respecta a la paciencia. Conviene examinarse a menudo para ver en qué punto se encuentra esta virtud.

En primer lugar, la paciencia hacia uno mismo: y esto se refiere a todas las hermanas, incluso a aquellas que no se dedican a las niñas. Llegamos a la vida religiosa con muchos defectos. Se necesita mucha paciencia consigo misma para corregirlos y no desanimarse. La paciencia con uno mismo es una condición para el trabajo de la perfección. Es lo que nos permite establecernos en la paz, en el descanso. Incluso en medio de las contradicciones, en los momentos de sequía, de dolor, seguimos avanzando.

Luego, la paciencia con el prójimo. Esto concierne muy especialmente a las hermanas que se ocupan de las niñas. Se necesita una inmensa paciencia en la educación de las niñas. Mediante la paciencia se es verdaderamente maestra, se tiene dominio sobre una misma frente a todas las dificultades que presenta el carácter de las niñas, frente a sus defectos, su petulancia, su naturaleza.

Por último, también hay que tener paciencia bajo la mano de Dios, porque Dios nos moldea de una manera u otra y nos conduce por diversos caminos. Es la paciencia la que nos hace responder a la conducta de Dios y a sus planes para nosotras.

Sin extenderme demasiado, os diré: mirad la vida de nuestro Señor, es un acto perpetuo de paciencia. En todas las circunstancias, nuestro Señor practicó la paciencia hasta su último momento en la cruz. Pero este acto continuo de paciencia fue tan grande, tan admirable, tan lleno de algo tan sobrenatural y divino que no es propio del hombre y lo supera.

Tomemos ahora la vida de la Santísima Virgen. ¡Cuántas pruebas tuvo que soportar, qué vida de paciencia y, sobre todo, qué paciencia con la conducta de Dios! A veces nos decimos a nosotras mismas: «Sí, pero tal cosa me impresiona, me perturba; no tengo esto, tengo aquello». La Santísima Virgen, al igual que nosotras, no estuvo exenta de las expectativas y las penas de la vida. Sin embargo, ¡qué paz, qué paciencia continua hasta su muerte, ya que esperó durante años, con el inmenso deseo que tenía de ver a Dios y a Jesús, su divino Hijo!

El secreto de la paz, como bien dice la *Imitación*, no reside en la ausencia de contradicciones, sino en una gran paciencia. Si se lo pedís a Dios y, al comienzo de este año escolar, tomáis serias resoluciones de paciencia, tal vez logréis estableceros en la paz, que no es más que el resultado de la triple paciencia de la que acabo de hablar.